

FILMS SELECTOS



El Brendel, celebrado artista de la Fox



La bellísima Norma Shearer con
Neil Hamilton en una escena de la
película Metro «Besos al pasar».

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larrave



REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Diputación, 211. Tel. 13022
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: LIBRERÍA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valverde, 30 y 32



PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Trimestre, 375
Semestre, 750
Un año, 1.250

América y Portugal
Trimestre, 475
Semestre, 950
Un año, 1.900



TODOS LOS
SÁBADOS

NUMERO SUETO
30
CÉNTIMOS



Literatura cinematográfica

Los que escribimos sobre el cine o para el cine hemos incurrido en una dolorosa deficiencia. No hemos sabido crearle una literatura propia. Todo lo que significa algo en la vida tiene su modalidad literaria. Los viajes y las exploraciones han dado lugar a que se revelen grandes especialistas en el arte de describir de un modo especial lo que se ve a través de la ventanilla de un vagón de ferrocarril, la cría del ganado en la Manchuria o el modo de cocinar de los esquimales. Sobre el teatro han escrito hombres de mucho talento con estilo inconfundible y los críticos teatrales siguen escribiendo de un modo que resultaría inadecuado si se aplicara a temas ajenos a las «tablas». La medicina, la mecánica, las finanzas tienen sus literaturas exclusivas. Los deportes han logrado también crearla, después de algunas luchas que han terminado con la fraternal fusión del vocabulario deportivo inglés con el diccionario español. Del periodismo no habremos. Hay un estilo que sólo sirve para escribir gacetas y otro que sólo puede emplearse en los telegramas y otro para informar a los lectores de los crímenes sensacionales. Los insectos, las modas, el proletariado...

¿Y qué me dicen ustedes de los toros? ¡Ah!, aquellos revisteros que ya podemos llamar clásicos y que inventaron una literatura chulona, recortada y pintoresca como la media verónica o el pase de pecho...

Sin embargo, allí tienen ustedes el cine, ahí nos tienen ustedes a nosotros escribiendo críticas, artículos, argumentos, con un estilo que lo mismo puede aplicarse al cine, que a la política, que a la invención del ferrocarril. Leed la mejor biografía de un artista de cine y decidme si no podría haberse empleado el mismo léxico con Edison, Napoleón o el Niño de Marchena. Leed la mejor crítica de un film y decidme si se di-

ferencia mucho en la forma de una buena crítica teatral. Leed... pero no, no lean ustedes nada. ¿Para qué seguir molestándoles? Nosotros estamos en el secreto de esa falta de vida propia de que adolece la literatura cinematográfica. Lo sabemos y lo vamos a decir, sean cuales fueren las consecuencias.

La culpa no es nuestra, sino de nuestros lectores. A nuestros lectores les importa muy poco lo que podamos decirles sobre una película o sobre la belleza de una artista de cine. En el primer caso, prefieren ver la película; en el segundo, les es mucho más cómodo contemplar un retrato de la estrella que tragarse un par de columnas sin interlínea y del tipo ocho. Estamos absorbidos por la parte gráfica. En la pantalla el rótulo más acertado es oscurecido fácilmente por un gesto de Greta o una zalamería de Lilian Harvey. En el periódico puede más una foto de Anita Page que todos los esfuerzos poéticos de nuestra estilografía. Realmente, ¡es tan bonita Anita Page y sabe retratarse tan bien!

En fin, el caso es que nos vemos envueltos en una atmósfera de frialdad que no es la más adecuada para empujar nuestra inspiración a grandes descubrimientos.

Se nos dirá que el cine es en esencia un arte contemplativo y que, por lo tanto, huelgan las explicaciones, por muy bellas y literarias que sean. Pero ¿acaso no es un arte contemplativo la pintura y hay quien se ha hecho célebre escribiendo biografías de pintores o críticas de cuadros?

Nada, señores, que la razón está de nuestra parte.

Hecha esta afirmación que alivia a nuestra conciencia del peso de una gran responsabilidad, el lector puede pasar la hoja y recrearse en la contemplación de los bellos grabados.

José Baeza

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 375 - Semestre, 750 - Año, 1.250

AMÉRICA Y PORTUGAL:

Trimestre, 475 - Semestre, 950 - Año, 1.900

Nombre

Calle n.º

Población Provincia

Deseo suscribirme a Films Selectos por un trimestre — semestre — un año. (Táchese lo que no interese.)

A partir del 1.º El importe se le remita por giro postal número Impue-

ta en o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)

(Firma del suscriptor) de de 1932.

(Fecha)

DE UNOS A OTROS

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las hacen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

777. — Dice *El diablo suavecito*: Muy contento de que mi seudónimo aparezca por vez primera en esta estapandisima revista y esperando de sus amables lectores mucha benevolencia, hago las siguientes demandas: quedando muy agradecido a quienes se molesten en contestarme.

Deseo saber qué ha sido de Natalia Kingstons; los datos que puedan darne de los amores de Gary Cooper y Lupe Vélez; el repertorio completo de Mala-Hari, Romance, Grand-Hotel, La mujer divina, Inspiración y Fascinación. ¿Ya es preguntarlo?

¿Habrá algún lector o lectora que, después de ver la pregunta que soy, quiera sostener correspondencia conmigo?

778. — Un colega de la ribera desearía conocer la biografía de Lupita Tovar y títulos de las películas que haya interpretado.

779. — Feder Bellini agradece a los amables lectores le indiquen todos los datos que conozcan de los siguientes artistas, aunque hayan sido publicados ya en esta revista: Nadège Evans, Elise Landi, Rochelle Hudson, Marion Lessing, Moe Clare, Bill Dove, Thelma Todd (Alison Lloyd), Helen Twelvetrees, Rosita Moreno, Imperio Argentina y Clara Bow; para ello, si es preciso, enviarme mi dirección a quien la pida, pues conociendo muy poco lo que al séptimo arte se refiere, quiero empezar a leer mi archivo con las estrellas que entiendo.

Deseo también me indiquen qué estrellas de la pantalla hablan esperanto y si se ha filmado alguna talkie en este idioma. Mil gracias anticipadas.

780. — El loco de Wolf-Strif desearía saber quién es el director e intérprete de la película *El viento*, filmada, y también el repertorio de Los níctungos, juntamente con el de *El intrépido* de Edmund Lowe.

781. — Miami tiene grandes deseos de que algún simpático lector de esta agradable revista le conteste a la pregunta que sigue: ¿Cuál es la dirección, en Los Angeles, de Rafael Val-

Para vigorizar el sistema nervioso, combatir la Anemia y robustecer el organismo, los médicos aconsejan «Hipofosfitos Salud».

verdo Moaroy? Películas que ha filmado, si es casado o soltero y todo cuanto sepa de este artista.

Asimismo desea sostener correspondencia con algún lector de esta revista. Señal: Amparito Jiménez, Antonio Lusiño, 8, Sevilla.

782. — Fuera salud a los simpáticos lectores de esta revista y les agradecería la contestación a la siguiente pregunta: ¿son verdaderas las confidencias que hacen las estrellas en *Mi primer amor*, o son simplemente habladurías o artículos de propaganda de los críticos cinematográficos?

Al mismo tiempo desearía sostener correspondencia con jóvenes lectoras aficionadas al séptimo arte y a los deportes. Mis señas: J. Navarro G., Alcalá, 9, 2.ª, izquierda, Sevilla.

783. — Dice *El conde de Monte-Cristo*: Quisiera sumamente agradecer al lector o lectora de esta simpática revista que pueda contestarme a algunas de las siguientes preguntas:

Para poseer la colección completa de *Films Selecciones* me falta únicamente el primer número. ¿Hay algún amable lector que por no tener interés en conservarlo, me lo pueda proporcionar?

¿Es qué casa productora trabajan James Dunn y Raoul Kullen? ¿Qué simpático lector podría proporcionarme las fotografías de estos artistas?

¿Cuáles son las principales películas en que han actuado Sally Eilers, Peggy Shannon, George O'Brien, James Dunn, Raoul Kullen, Joan Bennett, Elise Landi y José Mojica?

Con el fin de orientarme y darme instrucciones para la confección de un archivo cinematográfico, desearía sostener correspondencia con lectores aficionados al séptimo arte.

El que tenga la amabilidad de contestarme, de quien de antemano queda muy reconocido, que lo haga por medio de esta sección, indicando condiciones, o a mi dirección: Federico Aguilar, San Isidro, 5, 1.ª, Alicante.

CONTESTACIONES

808. — Para *El Cid* y sus caballeros: La casa productora First National es la que presenta *La novia del regimiento*. Presentada por Selecciones Verduguer. Ópera musical. Dirigida por John Francis Dillon. Adaptada de la película muda *La dama del arcabuz* (que fue dirigida por James Flood e interpretada por Corinne Griffith, Francis X. Bushman, Ward Crane, Elmer Hansen fallecido el 3 de junio de 1927), Sam Hardy... Reparto: Gaudita Ana Marta, Vivienne Segal; Conde Adrián, Beltrami Allan Prior; Carmel Vulliam, Walter Pidgeon; Teresa (la doncella), Louise Fazenda; Spavitt (el mayordomo), Lupino Lane; Sophie, Mirna Loy; Tanny (el silvestre), Fred Sterling; Sgt. Dostal, Harry Corring; Capt. Stogan, Claude Fleming; El príncipe, Herbert Clarke.

La *puerta cerrada* título en inglés, *The Locked Door*, filmada el mes de mayo de 1929, dirigida por George Fitzmaurice. Adaptada de la obra teatral *El signo en la puerta*. Intérpretes sólo, pues no tengo el repertorio: Barbara Stanwyck, William Hoy (el del teatro), Betty Bronson, Rod La Roque, Betty Compson, Harry Stubbs, Zasu Pitts, Fumal Pratt. Existe otra cinta del mismo título, muda, que es interpretada por Rod La Roque y Betty Bronson. Quedo siempre a las órdenes de tan valientes caballeros.

809. — Para *El caballero enamorado*: Lillian Gish nació el 4 de octubre de 1893, en Springfield (Ohio). Hermana de Dorothy Gish. Es una de las artistas de más personalidad del cine norteamericano. Casada desde julio de 1931, con el crítico George Jean Nathan. Es rubia de ojos azules, mide 1,68 de estatura. Afirma desde muy niña al teatro, consiguió ingresar en el mismo a los diez años de edad, con Mary Pickford, en la obra teatral de Belasco *A Good Little Devil* (Un buen diablillo), y años más tarde, Mary Pickford fue quien llevó a Lillian al estudio de la Biograph, presentándola al director David W. Griffith. Después de estar varios años contratada por United Artists, se vino a España a la Metro, por intervenir en *Una noche romántica*, con Rod La Roque, y ahora trabaja, simultáneamente, en el cine de luz en la tarde, y en el teatro en New York, en la obra *Uncle Vanya*, obteniendo gran éxito. Su perro favorito se llama «Georgie»; le gusta montar a caballo e ir de pesca.

Películas importantes: *Corazones del mundo*, con Frank Marion; *Plempolis destruidos*, con Richard Barthelmess; *Huérfanos de la tempestad*, con Joseph Schildkraut; *Alá en el Edén* (Way Down East), con R. Barthelmess; *Intolerancia*, con Norma Talmadge; *El nacimiento de una nación*, con Henry B. Walthall; Se necesita un colorado, con Norma Talmadge y Norma; con Ronald Colman; *El enemigo*, con Ralph Forbes; *El viento*, con Lars Hanson; *La Bohème* o *Vida bohémica*, con John Gilbert; *La mujer marcada*, con L. Hanson; *Sangre escrota*, con Norman Kerry; *Las dos huérfanas* (versión norteamericana), con Monte Blue; *El romance de plaza*, con Nigel Barrie; *La mujer melancólica*, dirigida por Sidney Franklin, etc.

William Haines, verdadero nombre William Hiberno, nació el 1.º de enero de 1900 en Staunton (Virginia). De familia humilde, era el primogénito entre cinco hijos, tres varones y dos hembras; cumpliendo con su deber, abandonó el domicilio paterno para ganarse la vida y se lanzó a la conquista de New York. Allí fue corredor de comercio y más tarde, durante la gran guerra, empleado en una fábrica de municiones. Se cansó de trabajar mucho y ganar poco y pensó en California. Por primera vez en su vida sintió la atracción de la pantalla. Debutó en un papel dramático con Eleanor Boardman, en *Three Wise Fools*; después fue galán en una película de Lew Cody y el campesino amoroso de *The Tender of Love*, con Norma Shearer. No era éste el camino del actor. Haines, por lo que no se encontraba a gusto filmando «roles» dramáticos, «ganaba 5.000 dólares al año», dice William en una autobiografía, «pero entre lo que gastaba y mandaba a mi familia no podía economizar un centavo». Por esta falta de dinero no abandonó los estudios. Harry Cohn, productor de la Columbia, le pidió «specculos» a la Metro, siendo su primer film para esta empresa *El expresero de medianoche*, con Elaine Hammerstein; por su trabajo en esta cinta, que fue su primer éxito, le escuchó Mary Pickford para su «parteniente» en la película *Amor*. Su estatura sorprende fuera de la pantalla: mide 1,82 m. y pesa 84 kilogramos; de cabello castaño y ojos grises. Es soltero y nunca se ha comprometido a casarse, excepto con Polly Moran... y mucha gente cree todavía que va en serio. Su ejercicio favorito es leer en la cama. Jamás tiene foforos, y siempre anda en paz de ellos. Le entusiasman los caballos de pura sangre; su preferido se llama «Olivier». Gusta de usar viejos sawsters. No asiste a ningún estreno en Hollywood; no le gustan las excursiones aéreas. Le encanta atudir n

las recepciones de Marian Davies. Posee una biblioteca enorme sobre unidades y la estructura de los diferentes períodos. Así como una rara colección de paselinas. Se acerca las unas. Puede imitar (e imita a la perfección) a todos sus compañeros del cine, sobre todo a la Garbo. Y, por último, está aprendiendo español con el profesor Guillermo Vázquez, un culto chileno.

Cintas principales de este simpático actor, entre las cuales recuerdo *Sally*, *Trine y Moe*, con Sally O'Neill, Joan Crawford y Constantine Bennett; *¿Cuál de las dos?* o *Rubia y morena*, con Dorothy Devore; *La chica alegre*, con Neil Hamilton y Olive Borden; *Lo que toda mujer quiere*, con Lew Cody y Norma Shearer; *El estudiante*, con Jack Pickford; *Certados por las bases*, con D. Devore; *La huérfana*, *Amor a gran velocidad*, con Claire Windsor; *El estudiante Howard*, con Mary Brian; *El cráneo de Helly* y *Miguelito*, con Sally O'Neill; *El fantasma de equipaje* y *De millonario a proletario*, con Anita Page; *Indiscrepancia* o *El cambio de vida*, con la misma; *La bola blanca*; *Un loco y su abuelo*; *Quiero verme en las parabólicas*, con Anita Page; *El casto de West-Point*, *El pirata* y *Fiebre de primavera*, con Joan Crawford; *La vergüenza*, *Madre*, con Lew Cody y Eleanor Boardman; *Un tipo bien* o *La clase alta*, con Marcelina Day; *El romulo*, con Jacqueline Dunn; *Espejismos* o *Luchando por entrar en el cine*, con Marion Davies; *Un hombre*, con J. Dunn; *Jim el misterioso* o *Alias Jimmy Valentine* y *Una romance en el Oeste* o *Max el del Oeste*, con Lila Hyams; *El duque se casa*, con Joan Crawford; *Sólo un pipilo*, con Irene Purcell; *Corazón de marino*, con A. Page; *Refrán* (versión inglesa), con Buster Keaton y Anita Page; *El impostor*, todo por el aire, con Mary Doran, y por último, *Taylor Made Man*, con Dorothy Jordan; *Are Young Listening*, con Madge Evans; y *Get Rich Quick Wallingford*, con Lila Hyams.

810. — A Ana George le mando las direcciones siguientes: Gary Cooper, Paramount Building, New York; Ramón Novarro, Metro-Goldwyn-Mayer, 3540, Broadway, New York; Douglas Fairbanks, United Artists, 729, Seventh Avenue, New York.

811. — Para *Enriqueta Soriano*: La gran actriz lírica Enriqueta Soriano nació en 4 de marzo. Fue contratada esta vedetta por la Paramount, estudios de París, para filmar *La huerfana* (Mensuagier) o *La incorregible*, de Leo Mittler, al lado de Tony d'Algy, de quien se dice que está enamorada. Al terminar, regresó a Madrid, debutando en el teatro farsa de esta villa, en la compañía de revista que dirige Faustino Brufano, con José María Labra (el que interpretó el general Prim en la cinta del mismo nombre), en la revista *Los gumpes*. Al poco tiempo se volvió a París para actuar ante la cámara en la versión española

HIPOFOSFITOS SALUD

Contra Anemia, Inapetencia y Debilidad.

de Nada más que la verdad, con Manuel Riusel y Tony d'Algy. Actualmente estaba trabajando en la ópera *Safushu* o *La mujer sueña*, al lado de Marcos Redondo, en el teatro Flauto, Avenida de Pi y Margall, Madrid.

Carmen Larrabail, esta famosísima artista de nuestro teatro, hoy estrella de cine, nació en Bilbao el 2 de mayo de 1906. Recibió una educación esmeradísima en un colegio de San Sebastián, y cuando terminó sus estudios advirtió que era el teatro lo que por encima de todo la atraía; marchó a Madrid con su familia y empezó a frecuentar el Conservatorio para su instrucción musical y declamación. Después de algunas apariciones breves con varias compañías, entró en seguida a formar parte de la de Guerrero-Mendoza, en la cual ha estado interpretando los papeles de dama joven por espacio de varios años, casó con Carlos Díaz de Mendoza, hijo del celeberrimo don Fernando. Tanto Carmen como su esposo iniciaron su actuación en películas en los estudios Paramount, de Juinville, en París. De allí marchó para New York, a bordo del Aquilón, en compañía de Ana María Custodio; parando un tiempo en Hollywood, a actuar para la Fox Film. De regreso de Cinlandia, de donde se trajeron ambos esposos 25.000 dólares ahorrados, se encuentran en Madrid, y han fijado su residencia en la calle de Albalade, 15. Le gustan de esos planes; pesa 63 kilogramos.

Películas principales: *Doña Mencía*, con Félix de Pomés, y *Toda una vida*, con el mismo; *La fiesta del diablo*, con Tony d'Algy; *La casa*, con Carlos Díaz de Mendoza; *Escalera de la moda*, con Julia Peña, y *Alcoba de Cuckoo*; *Sobre la espada*, con Luana Alcañiz y Juan Torenza; *Conoces a tu mujer*, con Rafael Jover y Ana María Custodio; *Ley del Norte* o *Entre las brujas* (versión española de *El príncipe Fazio*), con María Alba y José María.

También envía esta biografía a *El caballero enamorado*.

La cloroanemia de las jóvenes desaparece radicalmente con

HIPOFOSFITOS SALUD

Devuelve el rosado color a las mejillas y da sangre pura y fortaleza al organismo

Del baile al cine y del cine a la vida

KAREN Morley y Kane Richmond en una foto, y William Haines e Irene Purcell en la otra — los cuatro pertenecientes al cuadro artístico de la Metro — nos demuestran que en el universal «agarrao» no tienen que envidiar nada a nadie.

Y es que quien no sabe bailar no será nunca artista de cine. Es una de las primeras condiciones que imponen en los estudios a los aspirantes a estrellas. El cine ha de ser reflejo de la vida, y la vida nos impone a cada paso la necesidad de bailar.

Usted está tomando un refresco tranquilamente en compañía de una dama y, de pronto, suena una orquesta y el salón o la terraza se llena de parejas que giran enlazadas por el baile. La dama le dice: «Es encantador este baile.» Y usted no tiene más que dos caminos: solicitar de la dama unas vueltecitas o hacer el ridículo.



Lo mismo le sucede cuando está cenando en el restaurante, asiste a una fiesta, toma baños de sol en la playa, visita un parque de atracciones, pasan por el campo y se encuentra con unos amigos que han salido de excursión y llevan un gramófono, realiza un viaje en ferrocarril, vapor, aeroplano o zeppelin, o toma el fresco con sus vecinos a la puerta de su casa, siempre expuesto a la inopinada aparición del organillo o de la charanga callejera.

Todo pasa de moda. En cambio, el baile, como el frac o el smoking, no se inmutan ante los embates de los caprichosos. Ahí lo tenéis, conquistando cada día mil nuevos adeptos y convirtiendo el planeta en una especie de inmenso parquet encerado.

Y es que el baile es el mejor símbolo de la vida moderna, esta vida que se caracteriza por un constante y rápido ir y venir sin llegar nunca a puerto, esta vida que es la mejor prueba de que el movimiento continuo no está por descubrir, sino que existe.



Nuevas figuras

La última rubia

No nos viene de Hollywood. Su fama no ha sido proclamada por las siete mil trompetas cabalísticas de la publicidad americana. No se ha divorciado nunca... porque no se ha casado siquiera. No ha tomado parte en ningún escándalo sensacional. No cuenta los vestidos de su ropero por cientos de docenas ni cobra todos los sábados miles de dólares. No ha tenido — todavía — ningún marajah a sus pies ni ha recibido proposiciones de matrimonio de ningún rey del calzado, petróleo, chiclet, o reinado análogo. Ante todas estas negativas características, podréis creer — ¡oh gentiles aficionadas a escudriñar las biografías de las estrellas rutilantes!, ¡oh donjuanescos enamorados de las lánguidas vampiresas de aliento el Atlántico! — podríais creer que se trata de una mujercita insignificante. Y sin embargo — lector, lectora — ¡oh qué mujer!

Es latina. Francesa. Parisiense, del propio París. Moderna y refinada hasta la punta de sus uñas rosa — como Molière decía de su compatriota Celimene —. Joven... y juvenil, que son dos cosas diferentes y no siempre reunidas. Rubia, con ese rubio entre trigo y miel que no

conoce el agua oxigenada. De rostro cándido y voz suave. De grandes ojos soñadores, ingenuos... y no obstante peligrosos. Un átomo de gran estrella de la pantalla y una gran parte de colegiala, de universitaria, de muchachita moderna, absorbe en los hondos problemas de la filosofía, de la química o de la botánica, preocupada por toda la balumba de oposiciones, exámenes, catequéticos, etcétera. Y lo que es peor, obsesionada por el pavoroso y cercano problema de tener que «ganarse la vida».

Ella es Meg Lemonnier. Este aspecto estudiantil en que la vemos — responde, acaso, a ser su primera película grande — su consagración, sin duda alguna — esa deliciosa opereta «Il est charmant», que nos hace trabar conocimiento con su figura llevando bajo el brazo los libros y dispuesta a sufrir su examen doctoral? Acaso, tal vez, quizás... Una estrella nue-

va, original, inédita, que aparece en el amplio firmamento de la pantalla, es siempre, por encima de todo lo que realmente sea, algo mejor todavía de cuanto en su vida pueda ser: una esperanza. Y aun, si no fuera por temor de perjudicar a las estrellas consagradas, diríamos que nunca es más atractiva una estrella que en su primera aparición. El misterio, el casi incógnito que la rodea, le hace mil veces más favorable ambiente que todo el estruendo de la publicidad; la sorpresa tiene un mayor valor que la fama. Es el caso de Jeanette Mac Donald en «El desfile del amor», de Greta Garbo en «El demonio y la carne», de Sylvia Sydney en «Calles de la ciudad». Y ahora en «Il est charmant» el de Meg Lemonnier.

Todo en una nueva estrella — en esta «última rubia» llegada a la pantalla, por ejemplo — es interrogación, es posibilidad. ¿Continuará el éxito mimando a esta su innegable favorita? ¿Vendrán otras producciones, si no a obscurecer, por lo menos a igualar a esta primera que tanto nos encanta? ¿Hasta dónde esos ojos cándidos, inmensos, bellísimos de la muchachita de apariencia estudiantil, nos darán dones de emoción, de gra-

cia, de arte vivo? ¿Hasta dónde esta actriz sobria, natural, sencilla, y no obstante eminente, se mantendrá dentro de esa naturalidad, sobriedad, sencillez, sin dejarse tentar por las sirenas del mercantilismo y la publicidad, que derivan hacia la presunción, orgullo, afectación, amaneramiento? ¿Hasta cuándo su figurita de niña ingenua sin bobería, de mujer hermosa sin vampirismo, seguirá dándonos en regalo de nuestros ojos a través de las pantallas del mundo? ¿No vendrá de pronto a quitárnosla — como a otras — un dolor, una gloria, un amor?

Aparte cábalas, Meg Lemonnier aporta, no sólo a la pantalla del mundo sino al ambiente cinematográfico, elementos completamente nuevos. No sabríamos elogiar bastante esa candidez sin ñoñería; esa sobriedad, cálida y fina; esa



Meg Lemonnier en una escena de la película Paramount «Il est charmant».



Meg Lemonnier en la vida real.

feminidad, natural, auténtica, que no se obstina en copiar a ninguna de las grandes luminarias trasoceanicas, ni se sujeta a los prejuicios y convencionalismos de la tradición latina, siempre un poco — generalmente mucho — teatral. Meg Lemonnier sonríe, ante el tomavistas, no como se sonríe para agradar al público inmenso de dos continentes, sino como sonríen las muchachas cuando el catedrático les da un sobresaliente, o cuando estrenan un vestido que les sienta bien. O cuando frien un huevo que les queda perfecto, o cuando — esto sobre todo — escuchan una palabra grata de los labios de que desean escucharla. No podemos imaginar a Meg Lemonnier en una gran escena de pasión al estilo de Gre'ta o de Marlene; tampoco la concebimos en la escena del beso final al vaquero o al aviador: el amor, a través del temperamento de Meg, es siempre castidad, serenidad. El certero rescoldo, que calienta y no abrasa. A los ojos inmensos de la señorita Lemonnier no asoma el tumulto de pasiones en que nos abisman las pupilas de una Lily Damita o una Getta Gandal, pero en ellos brincan todas esas cosas deliciosas que son finura de espíritu, sensibilidad exquisita, afán de saber y conocer, sana curiosidad — ¡oh esa deliciosa lección de Derecho en un jardín que admiramos en «Il est charmant»! — alegría de vivir, gozo de ser bonita, encanto de saberse querida: juventud. Y es eso — ¡perdón, famosas vampiresas! — lo que quiere el cine, precisamente. «O es lo que el arte de Meg Lemonnier

el cine es documento o no es» ha dicho un famoso cineasta. Pues bien: esto es lo que el arte de Meg Lemonnier aporta al cine. La documental perfecta acerca del alma de la mujer normal. ¡Por ahí, sólo por ahí, y bienvenida a la pantalla, última rubia del cine, recién llegada Meg Lemonnier!

MARÍA LIZ MORALES

La vuelta de Catalina B́rcena y Gregorio Mart́nez Sierra...

Crónica de los Estados Unidos, especial para «Films Selectos»

por MARY M. SPAULDING

Como un buen augurio llegan de nuevo, desde tierras españolas, dos figuras de alto relieve en nuestro mundo literario y artístico: Catalina B́rcena y Gregorio Mart́nez Sierra.

Representan una nueva esperanza que promete dar vida a nuestra cinematografía en español. La vuelta del preclaro escritor, dramaturgo intenso, que ha sabido legar al teatro obras de inestimable valor, así como la llegada de Catalina B́rcena, cuya actuación en la escena ha sido coronada por tan resonantes triunfos, parece predecir que se reanudarán la filmación de películas en nuestro idioma, inyectando nuevos bríos a las otras compañías peluceras que abandonaron bruscamente la producción, inquietas ante el resultado desastroso con que la primera iniciativa se acogió.

He querido ser una de las primeras en saludar a los ilustres viajeros. Y con puntualidad cronométrica me presento en el elegante Hotel «Roosevelt», donde se hospedaron breves días, hasta terminar los detalles de su nuevo contrato con la compañía «Fox».

He anunciado mi visita y espero la llegada de la gran actriz, a quien no había podido conocer durante su temporada anterior en Cinelandia.

Me pierdo en la contemplación de las parejas que sostienen conversación en voz baja, dispersas aquí y allá en los diversos divanes del hotel. Los porteros, enfundados en sus uniformes galoneados, ponen una nota entre militar y arlequinada en el ambiente.

Miro hacia todas partes para no perder a Catalina entre el laberinto de un hotel donde se hospedan tres mil personas. Además, la actriz jamás me ha visto. Puede pasar por mi lado sin sospechar que soy yo quien la espera. Yo, en cambio, la reconocería entre mil.

De pronto, toda mi atención converge en un individuo que se acerca... es de mediana estatura, pálido, enjuto, con ojos negros en los cuales el genio ha puesto su chispa inconfundible. Su andar es nervioso... Sobre la frente amplia las dos cejas espesas parecen un manchón de tinta. Cabeza calva y reluciente. Meticuloso en el vestir. El traje gris no tiene una arruga, el calzado parece la superficie de un espejo. «¡Mart́nez Sierra!», me digo y me adelanto hacia su encuentro. Es la primera vez que voy a estrechar las manos del gran novelista y dramaturgo español. Mi emoción es sincera porque hace años admiré el genio de Mart́nez Sierra. Y gracias a él la cinematografía en español posee hoy su obra «standard», su obra que puede competir ventajosamente con cualquiera en inglés: «Mamá», la única que ha probado decididamente que se puede hacer cinematografía en nuestro idioma, puesto que cuando se presenta al público una película que vale lo que vale «Mamá», el público reacciona favorablemente, llenando las más caras



Catalina B́rcena, la notable actriz creadora del film «Mamá», charla con nuestra corresponsal Mary M. Spaulding. (Foto exclusiva para Films Selectos.)

ilusiones y esperanzas de los productores que invierten sus capitales en la hazafia.

Aun no había llegado a tres metros del genial autor de «Canción de cuna», cuando se presenta Catalina B́rcena.

Las fotografías de la película «Mamá» me jugaron una broma. Yo creía que la actriz era alta... y me encuentro en presencia de una mujercita pequeña, graciosa, bien proporcionada como una bella muñeca de escaparate. Pero la pequeñez está sólo en la estatura. La artista que hay dentro de la mujer es insuperable, gigantesca... Rubia como el trigo, Catalina viene a desmentir también la versión de que todos los que descendemos de la raza hispana tenemos, indiscutiblemente, que ser morenos. Catalina viene a probar con sus hermosos ojos azules y su color de nácar que sí en España y sus colonias tenemos ojos morunos y tez oscura, también los tipos nórdicos abundan.

Sencilla y cordial, Catalina desarma la curiosidad morbosa del periodista. Invita a seguirla por los amplios senderos de su franqueza. Tiene una personalidad sedante. Sus ojos azules y limpidos, llenos de infinita dulzura infantil, poseen el don maravilloso y supremo de la serenidad. Hablan con lenguaje elocuente al alma, a las cosas del espíritu.

Y hay en sus ojos una tenue melancolía. Una como historia de haber sufrido mucho. Bastante al menos para adquirir esa compenetración con el corazón de los demás. Los que no han vivido, los que no han sufrido, los que no han sentido grandes dolores y sublimes placeres, no pueden comprender... querer... perdonar...

Hay en Catalina B́rcena un raro hechizo, un sortilegio. Llega una a ella, ansiosa de conocer su vida, ávida por penetrar en sus secretos y arrancarle confidencias... y pocos minutos después, sentimos la necesidad de ser escuchados... de contarle a Catalina nuestras cuitas, nuestras esperanzas y nuestras decepciones. Porque su alma es finísima y receptiva, porque sus manos blancas se posan serenamente sin aspavientos nerviosos, porque toda ella es circumspecta, sentimos en su presencia hermosa paz espiritual.

Cuando al fin, refugiadas en un rincón propicio, en la amplia biblioteca del hotel, nos entregamos a una charla que a mí me resultó amena y excesivamente corta, Mart́nez Sierra se nos reunió, complaciendo mis deseos de posar junto a la B́rcena para mis lectores de Films Selectos, que anteriormente han tenido el regalo espiritual de la fotografía de Catalina.

Ningún ambiente más apropiado para



Gregorio Martínez Sierra, Catalina Bárcena y Mary M. Spaulding, en una pose exclusiva para Fina Sencos.

Martínez Sierra que allí entre libros. Ningún cuadro mejor para quien tanto ha dado a la literatura de nuestra lengua, pintando en pinceladas vigorosas todos los aspectos de la vida. Mirándolos juntos, Catalina, tan bella, tan gentil, tan suave y tersa, sonriente, ligerísimamente frívola, sensitiva y vibrante a la vez; él, nervioso, alerta, atendiendo a todos los detalles de esta nueva aventura que juntos han de emprender, pensamos que representan una pareja ideal. Ella es la flor en el apogeo de su vida gloriosa. El, la columna en la cual apoya Catalina su fragilidad de mujer y sus ambiciones de artista... Martínez Sierra es el caballero andante cuya espada está lista para defender los derechos de nuestra cinematografía.

Mientras Catalina se entusiasma por el arte, mientras se dispone a verter en la tela luminosa el sagrado perfume de su alma exquisita y consagrada, el tesoro invaluable de sus emociones hondas, Martínez Sierra prueba con la gallardía de un antiguo gladiador que el cine español no es un mito, que se pueden realizar obras en Hollywood o fuera de él, que sean gloria y honor para nuestra raza de conquistadores.

Catalina, con las pupilas llenas de sueños bellos por realizar, Martínez Sierra, con el ceño un poco fruncido y los brillantes ojos donde el genio prendió

su chispa, llenos de cosas realizadas.

Ambos en marcha hacia la conquista de una segunda era de arte. Llevan consigo todo el prestigio de una carrera triunfal. Como literato, pintor de emociones con el poder mágico de su pluma, Martínez Sierra ha llenado casi una vida. Ella, aunque aun se ve juvenil como una chiquilla, ha sentido desde hace años el roce cálido de la gloria... los aplausos delirantes de un público diseminado por veinte países, admiradores de su arte y de la fina interpretación que sabe darle a sus caracteres.

Ahora de nuevo, tras la aventura de haber filmado una película en Hollywood, vuelven a la Meca del Séptimo Arte para continuar la labor comenzada, y afianzarla sólidamente para bien de todos los que hablamos español. A «Fox Films» le tocó producir la mejor obra en nuestro idioma y nada más natural que «Fox» triunfe de nuevo con la decidida cooperación de Martínez Sierra y de Catalina Bárcena.

DURANTE un instante de nuestra charla, le pregunto:

—¿Qué piensa usted, Catalina, respecto a las discrepancias de acentos y frases regionales que parecen haber causado tan honda inquietud entre los productores y el fracaso en nuestra hermosa perspectiva de cine en español?—

Pero Martínez Sierra se adelanta y contesta:

—Es una dificultad que no existe, que no debe existir. Yo, personalmente, prefiero un buen actor hispanoamericano, de cualquier república de la América donde se habla español, que a un mal actor por el hecho de ser castellano... Lo que se necesitan son «buenos actores». Si son buenos es obvio que hablarán correctamente el idioma. Si son buenos interpretarán el tipo «regional» cuando haya lugar a ello, con la misma perfección. No son ciudadanos de este o aquel país lo que se necesitan, sino buenos artistas y espléndida voluntad para trabajar todos juntos por el bien común.

(¿Acaso no he dicho siempre lo mismo, lectora?)

Y, como para darle mayor fuerza a su argumento, el notable escritor señala a la bella mujerita que lo mira sonriendo:

—Aquí tiene usted a Catalina. Ha triunfado en todas partes. Está considerada como una actriz de primera categoría... pues bien, ella no es española: es cubana. Nacida en Cienfuegos, lo que ustedes llaman «La Perla del Sur»...

Ciertamente. De pronto la recuerdo. Catalina Bárcena es cubana... Pero muy pequeña abandonó la hermosa isla para regresar a España, la tierra de sus mayores, donde desarrolló sus inclinaciones artísticas y se formó para llegar a ser lo que hoy es: una consumada actriz, admirada y querida por todos los pueblos que han tenido el honor de conocerla.

Ahora Catalina formula sus ideas:

—Mas ¿qué importa? ¿Acaso no han triunfado en España artistas de México, de la Argentina, de Chile?... Toda esa discusión acerca de idiomas y de acentos regionales es absurda. Tendrá que acabarse. El teatro no admite, si es teatro español, más que un lenguaje; el castellano. Requiere sólo, como dice Gregorio, buenos artistas.

La atención del escritor ha sido acaparada por algunas personas que vienen a saludarlos. Yo aprovecho para inquirir la impresión que Hollywood ha hecho en Catalina.

Y ésta, verbosa, sencilla, deliciosa, me habla de su pasada temporada en Cienfuegos, de los gratos recuerdos que su estancia allí le dejó, de sus ambiciones para esta nueva aventura.

—Hollywood es encantador — dice la Bárcena, convencida —. Yo me encuentro perfectamente feliz en él. Hay una cordialidad sugestiva en el ambiente. Es una enorme columna donde todas las trabajadoras parecen felices de llenar su misión. Hollywood es pintoresco. En ningún otro lugar de la tierra se encuentran los tipos de tan extraordinaria variedad como allí. Y no solamente su variedad estriba en las personalidades exteriores de sus individuos, sino espiritual. Yo quiero y me gusta Hollywood. Será quizás gratitud por el resultado de mi debut.

Discutimos las peregrinas historias de escándalos con que adornan el nombre de Hollywood. Quiero saber qué piensa Catalina, mujer latina, cuidadosa de las apariencias, discreta, de aquel ambiente donde divorcios y matrimonios ocurren con tanta frecuencia.

Pero Catalina Bárcena, con excelente juicio crítico satisface mi curiosidad, ex-

(Continúa en la página 21)

FILMS SELECCION

OPINAMOS QUE...

Shang-Hai express. — Película «Paramount» estrenada en el cine Coliseum. Actores principales: Marlene Dietrich, Ana May Wong, Clive Brook y Warner Oland.

EL CRÍTICO ANTE LOS EDITORES. — Han hecho ustedes un esfuerzo merecedor de toda alabanza y encomio. No han ahorrado nada para obtener una buena película: perfecta presentación de conjuntos y detalles, considerable número de comparsas, un grupo de actrices y actores de primera categoría en los principales papeles y bonitos en los secundarios; han confiado la dirección a uno de los más celebrados directores modernos que residen en Norteamérica; los fotógrafos (pues supongo que han sido varios), excelentísimos; la sincronización admirable. Me ha parecido, también, muy bien y muy ingeniosa en algunos detalles, la propaganda que han hecho de esta producción. Todo esto basta y sobra para que les felicitemos y, como amantes del cine, les demos las más sinceras y efusivas gracias, por cuanto de su parte han puesto para lograr una producción de alta calidad.

EL CRÍTICO ANTE EL GRAN PÚBLICO. — Ustedes que van al cine porque les interesa el episodio y la anécdota, no deben dejar de ver esta película, pues cuanto en ella pasa — amores, luchas, intrigas, venganzas — es muy de su gusto. El director la ha realizado dándole gran movilidad a la mayor parte de sus escenas, que se suceden — con algunas excepciones — con un ritmo acelerado, vivaz, activo. En esta película todo concluye bien; muere el malo, es premiada la vengadora, llegan a buen puerto los inocentes y se reconcilian definitivamente y para siempre los amantes alejados por la vida y sus preocupaciones.

Créame: esta película está hecha para ustedes y en ella encontrarán todo cuanto desean que contengan las películas: emoción, bromas de vez en cuando, castigo de los malvados y estrellas de gran magnitud, de justo y merecido renombre. No dejen de verla, porque estoy seguro que les va de complacerles.

EL CRÍTICO ANTE SÍ MISMO. — Esta película no es para ti, aunque reconozcas que es cinematografía. Confiesa que te resulta un poco pueril el asunto y su desarrollo, sobre todo en algunos detalles como los de la muerte del jefe insurrecto y de la liberación de «Shang-Hai Lily».

Ciertamente es atrevido y demuestra gran maestría el hacer que la mayor parte del argumento se desarrolle dentro de un tren, sin resultar monótono, pero el excesivo cambio de trajes de la protagonista y... bueno, esta película no es para ti, ya te lo he dicho. Prefieres las anteriores películas del mismo director y de la misma protagonista, «Fatalidad» y «Marruecos». Sientes que no está a la altura de éstas, que el esfuerzo y gasto que la «Paramount» ha hecho haya dado por resultado una cinta más comercial que artística. ¿Pero de quién es la culpa? Podríamos señalar muchos culpables, entre los cuales tam-

bién estaríamos nosotros, periodistas cinematográficos, que no hemos sabido orientar al público para que guste de las películas de arte y al preferirlas, al llenar las salas donde se exhiben hiciera que resultaran para las editoras un buen negocio, que es, al fin y a la postre, lo que persiguen todos los que al comercio se dedican.

TOMÁS G. LARRA

Erase una vez un vals. — Opereta... música encantadora... valeses... valeses, valeses... Evocación amable de aquella Viena que se han empeñado en hacernos inolvidable... Bellos cuentos de hadas donde el amor y la poesía juegan uno de sus más agradables juegos... Y comicidad, que llevándonos de la delicadeza de lo romántico, de lo sentimental, hasta los límites de lo bufo, hace que nos movamos en un ambiente de espontánea alegría, de simpatía irresistible... He aquí «Erase una vez un vals», la nueva Exclusiva de Febrer y Blay recientemente estrenada en el Fantasio.

Franz Lehar, el verdadero genio de la opereta, cuyas composiciones han de pasar a la posteridad, ha escrito para esta obra cinematográfica una inspiradísima partitura ex profeso... Partitura que en determinados momentos lleva el sello inconfundible de aquel romanticismo clásico y en otros adquiere un carácter plenamente moderno... Ella sola — la música — tiene el poder de conducirnos de una a otra época, produciéndonos unos momentos de pleno deleite.

La trama de «Erase una vez un vals» es muy amena y divertida y tiene originalidad, que culmina en los momentos finales en la transformación del banco en un café vienés. Los momentos cómicos, en los que intervienen Paulig, el veterano actor, y Ernest Verebes, se suceden muy a menudo en toda la obra; quizá son algo recargados los del rapto y del resfriado de este último, pero si bien, a nuestro juicio, no tienen éstos la grata delicadeza que informa toda la película, en cambio son acusados francamente por el público, que los subraya con sonorisimas carcajadas...

Marta Eggerth se nos aparece aquí como una revelación. Su serena belleza conquista inmediatamente al público, en quien despierta viva simpatía... Luego su admirable voz, en la interpretación de las bellas composiciones de Lehar, unida a su sobriedad y amplia expresión, acaban de consagrarla como una de las estrellas de más positivos méritos del cinema alemán. Rolph von Gott, su oponente, apuesto, simpático, de tipo americanizado, se mueve con espontaneidad, con naturalidad muy rara en los artistas alemanes.

¡Bella película esta «Erase una vez un vals» que habremos de recordar con deleite!

Fra Diavolo. — El protagonista máximo, la figura eje de esta obra es un personaje de leyenda, un romántico aventurero que lucha por las libertades del pueblo, inflamado de un espíritu revolu-

cionario. Un carácter firme, entero, que sólo se rinde a los hechizos de una bella dama napolitana, que corresponde a su amor vehemente y apasionado y se finge la amante del jefe de las tropas enemigas para decidir el éxito de los planes de su amado.

Queda con ello establecido un equívoco, del cual fluye toda la novela amorosa que constituye el alma — si alma tuviera — de la película y alrededor de la cual, para darle espectacularidad, se le añade la aventura guerrera de la que surgirá como héroe «Fra Diavolo», valiente, audaz, temerario.

Trama muy endeble en conjunto, que se inspira de un episodio histórico pero que ha sido cargada con toda clase de convencionalismos para producir, con la intriga, los momentos emocionantes. Su evidente forzamiento y con ello la exagerada lentitud impresa a la obra, que adquiere un carácter puramente teatral, impide que produzca su efecto sobre el respetable.

Tino Patierro en su papel de «Fra Diavolo» no es sólo el personaje eje de la cinta por la trama en sí, sino que lo es antes que por otra cosa por sus excelentes dotes como barítono y superdotándose todo a él para que pueda hallar ocasiones de lucimiento, se sacrifica lo cinematográfico, con lo cual la película queda a un nivel muy poco elevado. Si bellas son, en efecto, las romanzas que se ponen en sus labios, ello no puede hacernos olvidar que la cámara se halla quieta, perdiendo una de sus más relevantes — la más valiosa quizá — cualidades. Armand Bernard, el simpático cómico francés, tiene afortunadísimas intervenciones que provocan la hilaridad del público. En cambio Madeleine Breuille llega apenas a la discreción.

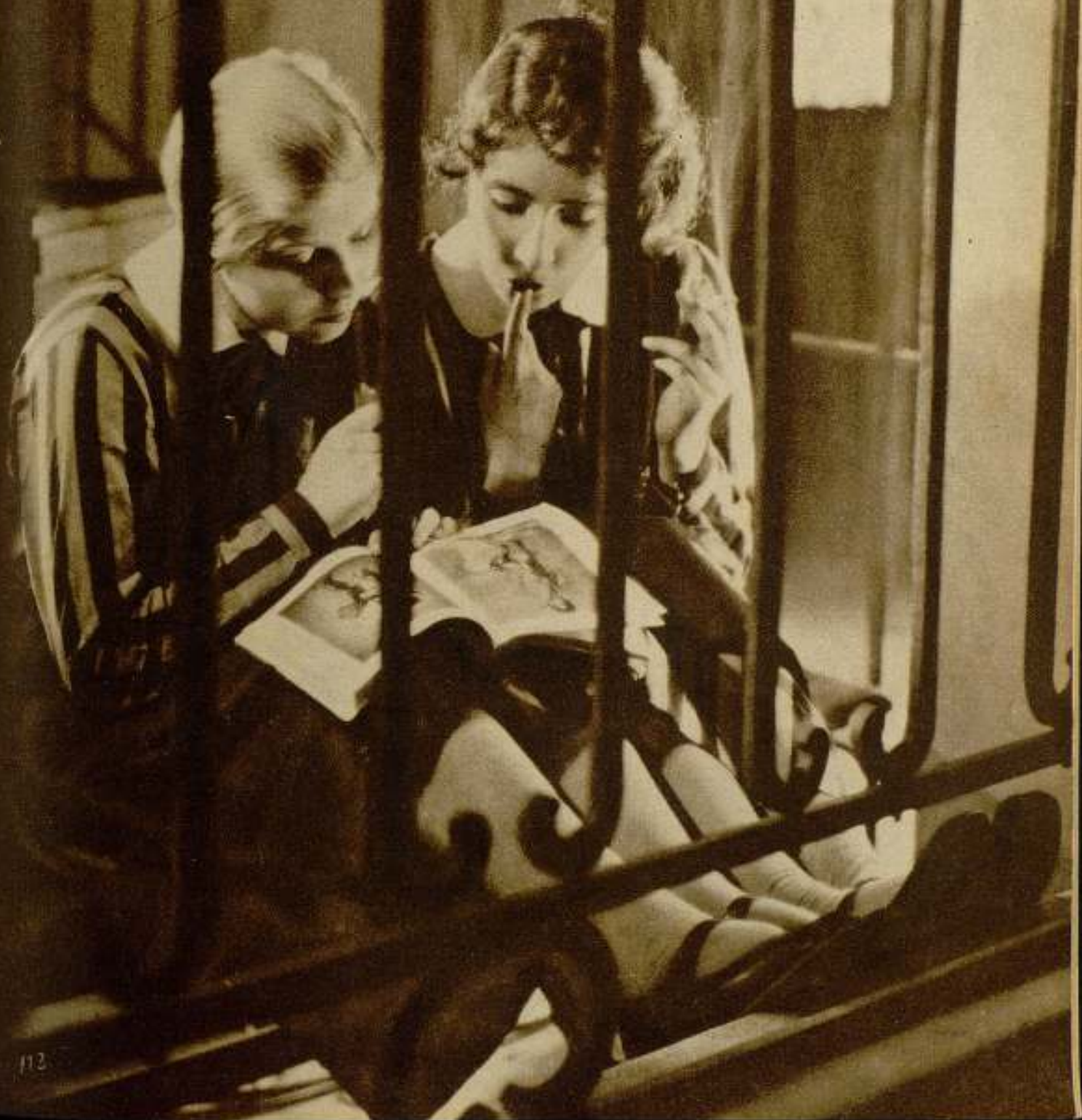
La obra, justo es decirlo, está bien ambientada y tiene el atractivo, indiscutible, de su ajustada presentación.

Azals. — Originalísima — raísimas cualidad — la trama de esta espectacular comedia que se nos ha presentado en el Femina. Y, por original, interesante en alto grado. Abundan en esta obra las escenas cómicas, de una comicidad netamente francesa, muy agradable, muy simpática, realizada por continuos chistes que provocan, a menudo, la carcajada. Sin embargo, la película tiene un aspecto teatral, y su lentitud la perjudica notablemente, y ello es más sensible por cuanto que de otra manera hubiera podido lograrse una obra de gran calidad. Pese a todo, repetimos, que su proyección es seguida con verdadero interés, máxime cuando el desenlace, original también, no se deja adivinar hasta los últimos metros.

La interpretación es asimismo excelente. Max Dearly estupendo cómico es celebradísimo en sus continuas intervenciones y por sí solo mantiene la expectación del público en un grado muy elevado, de tal manera, que éste está pendiente de sus más leves gestos para desbordar su regocijo. Le acompañan con acierto Gaston Dupray y Simone Rivière.

(Continúa en la página 24)

Expresiva escena de la
magnífica película «Mu-
chachas de uniforme».



Escenas de la película de Exclusivas Febrer y Blay "Borrachera en la nieve"



Escenas de la película de Exclusivas Febrer y Blay "Borrachera en la nieve"





Nuestra paisana, la linda catalanita María Alba, que recientemente ha actuado en una película con Douglas Fairbanks como protagonista, luce en esta página dos elegantes y juveniles modelos.





Dos escenas de la graciosa opereta, de Exclusivas Balart y Simó, «Su Alteza se divierte».



MUJERES BONITAS
DOLORES DEL RÍO

estrella de la Radio Pictures, que podremos admirar esta temporada como protagonista de la película «Ave del paraíso».



SYLVIA

SIDNEY

Sin duda que lo más interesante en arte es el estilo. Ser personal y moverse dentro de una modalidad artística adecuada al temperamento que se tenga, bien sea éste apático y pesado, bien dinámico y activo, es el don máspreciado que un artista puede ambicionar. De la personalidad en arte nace el estilo y de la imitación el clasicismo. Los artistas con personalidad son rebeldes, iconoclastas, fuertes y originales; pero jamás clásicos.

De ahí que cuando la «Paramount» contrató a la Sidney para substituir a Clara Bow, se rebelara contra la dirección al pedirle que fuera clásica; es decir, que imitara en lo posible a la actriz substituida, con la cual tiene cierto parecido y por cuyo parecido, más que por otros motivos, fué contratada.

El orgullo artístico de la Sidney estalló ante la exigencia. Ella no podía ni sabía imitar a nadie, ni tan siquiera seguir las reglas que le enseñaron en la escuela teatral de Guild, tan odiada por Bernard Shaw, en donde fué educada la Sidney. Ella trabajaría espontáneamente, amoldándose a la técnica de las películas, pero nada más. Imitar, no imitaría ni a la Duse. La dirección transigió. Y una vez filmada su primera película, «Calles de la ciudad», se congratuló de ello, puesto que la Sidney se reveló como una actriz original. Desde entonces a ahora, cada una de las películas filmadas por esta originalísima estrella ha sido un éxito.

Pero como todos los artistas originales, su sensibilidad es algo morbosa y enfermiza. En su vida privada muchas veces llega a la extravagancia y otras pasa de ella, para caer en alarmantes estados neuróticos que la Sidney disimula y explica con fríos y escépticos razonamientos. Parece enferma del mal de esperar con la esperanza de dejar de esperar algún día. ¡Mal malo y torturador ese mal de esperar!

Es aquel mismo mal que empezaron a padecer las damiselas de 1830 y que veinte años después empalideció todos los rostros femeninos. Un mal que llevaban en el alma las mujeres del ochocientos, que se les aferraba a los pulmones, trocándose en enfermedad peligrosa, y que los poetas de la época resumían en una palabra sonora y eufónica, que hoy escandaliza a las gentes prácticas: romanticismo.

Pero el romanticismo de la Sidney es más, mucho más complicado que el de Mimi y la Dama de las Camelias. Es un romanticismo el de la Sidney fuerte, sin complicaciones dolientes en su cuerpo lleno de salud, un romanticismo pseudo-científico-literario, con extravagantes mezclas de

lecturas de Freud y novelas de Anderson, Sinclair, Lewis y otros modernos autores norteamericanos.

El romanticismo de la Sidney es producto de su actitud vigilante y alerta ante esta época llena de cortesía, en la cual los enamorados pulsan el latido de sus corazones con las manos en los bolsillos del pantalón, tintineando, entre suspiro y suspiro, el puñado de monedas que llevan en ellos.

Esta mezcla de amor y crematística es lo que ha desquiciado el espíritu de la Sidney.

Por eso a veces parece extravagante y su ingenuidad de ingenua de cine desconcierta al que no remueve el fondo de su espíritu. El alma de la Sidney es como esos remansos quietos, transparentes y lípidos que, para enturbiarlos, hay que arrojar una piedra en ellos. Su espíritu sólo se asoma a sus ojos, llenos de tristeza, velados siempre por insospechados anhelos, cuya contemplación despiertan en el espectador ansias de heroicidades sublimes, de fervores fanáticos, o bien lo induce a hilar reconcentradas y patéticas meditaciones.

Y en esta virtud de provocar estados de alma que posee la Sidney, elevando al espectador a ignorados, puros y limpios planos espirituales, estriba su mayor don artístico que hace de ella una ingenua exótica e inimitable.

ANTONIO ORTS-RAMOS

Filmoteca
Catalunya
Lo que han sido algunos artistas rusos
del cinema antes y des-
pués de la revolución

Pierre Batcheff, el malogrado galán de la pantalla francesa

Se fué, envuelto en nubes de noche, a finales del mes de abril, cuando la estación del año era más risueña. Un envenenamiento de la sangre le hizo cerrar los ojos bajo el cielo de París. Pierre Batcheff había nacido en Kharbine (Siberia) hace más de treinta años. Era hijo de una distinguida familia que había gozado de gran reputación en su país antes de la Gran Guerra. A punto de vestir el uniforme del zar, sobrevino el primer alzamiento del pueblo ruso contra el régimen imperialista. Después, «el pájaro rojo» extendió sus alas sobre la nieve, y lo que hasta entonces para él había sido bienestar, convirtiéndose en suplicio. Lo mismo que su familia, fué objeto de grandes persecuciones por parte de los bolcheviques. Estuvo encerrado en las prisiones de la Tcheka; pero merced a la hija de un significado revolucionario que se apiadó de él y le facilitó algunas prendas, pudo escapar de ellas sin ser reconocido por nadie.

Llegó a Europa en 1918. Firmado ya el armisticio, se internó en territorio alemán y hubo de dedicarse a varios oficios para no perecer de necesidad, ya que todo cuanto había podido llevar consigo era lo puesto. Se hizo representante de un gran almacén de peletería primero; luego friegaplatos de un lujoso cabaret berlinés. Tras una serie de privaciones y desventuras logró que una mujer de belleza otoñal se fijase en él. Le brindó protección a cambio de su amistad, y más tarde un empleo en la oficina de seguros de la cual era director su marido. Entonces la vida de Pierre Batcheff adquirió un tinte más amable. Las ropas a medida, las buenas comidas a su hora y hasta las pequeñas comodidades burguesas no escasearon. Pero como todo lo bueno suele durar poco tiempo, el bienestar de nuestro héroe llegó a su «fatal desenlace». La causa era bien sencilla.

El marido de su protectora llegó a notar algo anormal en ella y, para poner dique a las murmuraciones de las gentes, no se le ocurrió otra cosa que entrevistarse con su empleado y darle a elegir entre unos billetes y una pistola lo que más le conviniera. Como es natural, Pierre Batcheff optó por lo primero y se metió en «un primera», camino de Londres.

Foto roger forster

En la ciudad de la niebla vivió unos meses sin serias preocupaciones; pero acabado su dinero volvió a hacer arrugas su frente, y su cerebro a discurrir... Tras buscar con insistencia colocación, la halló, al fin, en una gran fábrica de juguetes. Le tomaron a prueba como representante. Pasados dos meses en que el nuevo agente no cesaba de hacer pedidos, el director lo llamó a su despacho para, luego de felicitarle por su actividad y buen comportamiento, ofrecerle una plaza de viajante con sueldo fijo y comisión.

Durante unos años representó a dicha casa de juguetes y estuvo viajando por las principales ciudades de Inglaterra y resto de Europa. Sin embargo, un buen día le salió al paso una hermosa mujer que fué causa no sólo de su ruina sino también de que perdiera aquella colocación.

En París vivió con ella una novela fuertemente sensual y romántica. Mien-



En 1922 Pierre Batcheff se asomó por vez primera a un estudio cinematográfico. La cinematografía francesa aun continuaba produciendo films aceptables. Sin saber cómo, un día se encontró ante la cámara. Actuó poco menos que de «extra» en algunas películas, y un buen día, viendo sus directores que en aquel muchacho había madera de artista, lo contrataron seriamente para que hiciese de protagonista en «Claudina y su Poussin», film realizado bajo la dirección de Marcel Manchez y que lo reveló como actor de excelente porvenir.

Artísticamente hablando, Pierre Batcheff era un artista de gesto poco forzado, de una simpática atracción y mejores movimientos. Era un actor que, pese a su origen eslavo, nos recordaba a Charles Ray, aquel galán de imborrable recuerdo que actuaba siempre entre lo cómico y lo serio. Su humorismo, cuando no su dramatismo, era sano, puro y, por tanto, admirable. En el cine mudo cosechó sus mejores triunfos, habiendo hecho también con éxito su debut ante el micrófono, supuesto que su última película «Amores de medianoche» evidenciará plenamente cuanto digo.

Entre sus mejores films figuran los titulados «Destino», «Educación de príncipe», «Vivir», «Napoleón», «Monte-Cristo», «El difunto Matrás Pascal» y otros.

Y cuando se disponía a preparar su primera obra como director, «El hombre invisible», la famosa novela del escritor inglés H. G. Wells, la muerte le sale al paso, le seduce con su mueca trágica y se lo lleva.

Pierre Batcheff murió en plena juventud y en pleno triunfo artístico. Su última creación ante la muerte no pudo ser más lamentable. Con seguridad que él no hubiera pensado nunca lo que ella le tenía reservado a los treinta y dos años: su último sol frente a la vida...

MANUEL P. DE SOMACABERA



tras duró su dinero todo fué bien; pero cuando se agotó, la que habíale hecho vivir días de aparente felicidad, desapareció de su lado sin dejar rastro de su paradero. Aquello sumió a Pierre en un dolor profundo. Su juventud y poca experiencia de la vida, habían labrado su propia desventura.

Vinieron los días largos, tristes e imprecisos. Una comida a lo más, cuando no el obligado ayuno. Su «atteller» en la altura se llenó de sombras, y en su alma no entraba más sol que el que prodigaba la naturaleza.

Un día se encontró con un compatriota, y gracias a su amistad, entró a formar parte de una «troupe» de artistas rusos que estaban de «tourné» por Europa. Convivió con ellos algún tiempo; pero cansado, al fin, de aquella vida inquieta y farandulera, se separó de ellos en Italia para regresar de nuevo a París.

Sin saber por qué, la hermosa ciudad del Sena le atraía. Sentía una gran simpatía hacia todo lo parisién. Poco a poco se fué adaptando a sus costumbres y llegó a vivir al ritmo de un perfecto ciudadano francés.



¡Salta,
intrépida amazona!

No temas: el deporte no te fatigará, porque tus músculos, sin perder la gracia femenina, son fuertes y dominarán al más brioso corcel.

Salta y no temas: porque tu organismo está vigorizado con este famoso reconstituyente, azote de la anemia.

Salta y no olvides que la **anemia**, la **debilidad** y la **inapetencia** desaparecen con el Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Este famoso Reconstituyente está aprobado por la Academia de Medicina; produce resultado inmediato y eficaz, y se puede tomar en todas las estaciones del año.

No se vende a granel.

Es el Jarabe Hipofosfitos Salud mi preparado favorito, el tónico reconstituyente y excitante del apetito que no encuentra similar ni otro tan seguro en sus efectos.—Dr. Mariano Alonso, Pizarro, 16.—Valencia.

Lilian Harvey se va, pero...

En la lucha por la supremacía en la producción mundial que se suscita entre el nuevo y viejo continente, hay dos factores, dos tendencias que es necesario distinguir. América, con la autoridad que le da el valor de su moneda, y el vastísimo mercado de lengua inglesa, ha buscado el predominio de la imagen sobre el favor de la «estrella», y ha emprendido a ésta con las enormes campañas de publicidad que traspasando los mares han hecho famosos sus nombres en todo el mundo.

El viejo continente, por el contrario, ha tenido empeño en acreditar la imagen, es decir, ha sido base de su producción el constante deseo de superar las obras, a base de su valor intrínseco. Por eso Europa ha sido y es escuela de buenos directores, y cuna donde se forman artistas «inmortales»... que, seducidos por el oro americano, las más de las veces, se deciden a cruzar el Atlántico para poner su talento al servicio de las poderosas empresas de Norteamérica.

Lya de Putti, Emil Jannings, Camille Horn, Maurice Chevalier, Marlene Dietrich, y últimamente Lilian Harvey, corroboran lo antes dicho, y, a excepción hecha de Emil Jannings, al que se hizo una gigantesca «réclame» como últimamente se hace a Marlene Dietrich y a Maurice Chevalier, los más han debido regresar a su patria.

En cuanto a directores recordemos a Murnau, Josef von Sternberg, Ernst Lubitsch, Jacques Feyder, Paul Fejor..., otros muchos, que tentados por las ofertas cegadoras, han abandonado las productoras europeas, para producir por cuenta del nuevo continente.

Y Europa no decae por eso, antes al contrario, a cada nueva artista que se pasa al «oro yanqui», forma y lanza otra nueva, que en el auge de su carrera obtendrá como lo ha hecho su antecesora.

El último caso es el de Lilian Harvey, la gentil estrella de la Ufa, que ha firmado para Fox, quien dice, que por sencillas profesionalistas, quien por la tentadora oferta de unos miles de dólares. La cierta es que Lilian trabajará para la firma americana.

Pero la Ufa que nunca retiene a sus estrellas a fuerza de dólares, porque le importa también conservar a sus directores, tiene siempre a mano una nueva estrella y en su lugar, refulge joven, simpática, y viviendo sus personajes, Kathie von Nagy, principal intérprete de sus grandes producciones, que no tardará en imponerse al público y ser tan popular como la gracil y traviesa Lilian. Y si mañana fuese tentada como tantas otras, que lo será, en su lugar surgiría una vez más otra nueva figura, que al triunfar en el lienzo de plata cubriría los laureles que la poderosa organización a que pertenece ha conquistado en sus años de lucha por el film europeo, a la que no preocupa la posesión de un artista más o menos porque la Ufa, avanza como está a que sus estrellas sean precisas para iluminar otros firmamentos, satisfecha de que su arte sea tan definitivamente influyente, tiene siempre a mano un plantel inagotable, y como hizo con *Pamela*, *Paricé*, *Metropolis*, y muchas otras producciones cuando le hace falta una protagonista determinada, la improvisa, la crea y por ella no le precisa implorarla.



JVAQVI

ENGRACIA JUAQUI

en obsequio a la Belleza femenina les ofrece sus productos y sus sencillísimos tratamientos con Crema limpiadora, Tónico para limpiar la piel y Aceite, Cremas de Belleza, Nacar, Jacobina, Astríngentes, Leches, Colorates, Polvos, Bronces y Crema maquina

Consejos y demostraciones en este Instituto
Avenida 14 de Abril, 377, pral. Tel. 75732.
Pida un folleto explicativo
De venta en las principales perfumerías.



NOTICARIO

* * * * FILMS SELECTOS * *

La «Paramount» le presta a Carole Lombard a la «Columbia» si la «Columbia» le quiere prestar a Constance Cummings...

Entendidas las productoras, Constance aparecerá en una próxima producción «Paramount», mientras que a Carole Lombard la «Columbia» le ha asignado el rol de dama principal en dos de sus producciones: «Virtue» (Virtud), actualmente en producción, y «Harapos de lujo», que será la siguiente. Eddie Buzzell dirige la producción de «Virtue» y Walter Lang «Harapos de lujo».



Joan Crawford, Lewis Milestone (director) y William Cagney durante la filmación de «Lurias», para Artistas Asociados.



Jean Harlow, cortando el pastel de su boda, con Paul Bern, que se ha suicidado recientemente. El tenía cuarenta años y poco, ella veinte; el matrimonio se celebró hace unos cuantos meses... El suicidio, por incompatible, se atribuye a diversas causas.

Ha empezado recientemente en Neubabelsberg la toma de vistas para la tercera película sonora trilingüe de las producciones Erich Pommer «F. P. I. no contesta», bajo la dirección escénica de Karl Hartl.

Los protagonistas de la versión alemana de esta superproducción sonora de la «U. F. A.», inspirada en la novela del mismo título publicada en la revista «Die Woche», de Karl Siodmak, arreglada para la pantalla por Walter Reisch, son Hans Albers, Sybille Schmitz, Paul Hartmann y Peter Lorre.

La música es original de Allan Gray.

Firma el decorado el arquitecto-escenógrafo Erich Kettelhut. Los operadores fotógrafos son Günther Rittau y Konstantin Tschet. Operador es Fritz Thiery.

Tan pronto haya terminado la toma de vistas de los interiores en el taller, empezarán a rodarse los exteriores en la isla Greifswalder Oie, Mar Báltico, donde asimismo han sido levantadas importantes construcciones. Los exteriores serán completados en Hamburgo, Cuxhaven y el Mar del Norte. El rodaje de todos los exteriores se prolongará durante varias semanas.

Simultáneamente con el rodaje de la versión alemana se procederá a la toma de vistas para las versiones francesa e inglesa, esta última editada en colaboración con la «Gaumont-British».

Los intérpretes de la versión inglesa son Conrad Veidt, Till Esmond, Leslie Fenton y Donald Callthrop.

En el reparto de la versión francesa figuran Charles Boyer, Jean Murat, Pierre Brasseur, Pierre Piérade y Louis Fellus.



Dos escenas de la interesante película «Victoria y su husar», distribuida por Cinesa.

El martes de la pasada semana falleció en esta ciudad de Barcelona la bondadosa señora doña Teresa Álvarez Bello, madre política de nuestro querido amigo el conocido cinematografista don Luis Cabezas.

Al acto del entierro, verificado al día siguiente, acudió a testificar su pesar y amistad al señor Cabezas, además de gran número de amigos particulares, el elemento cinematográfico de la capital y de la provincia. Films Selectos, aunque fué representado en este acto por su director, envía desde estas columnas al buen amigo y a su familia toda, su más sincero y sentido pésame por la desgracia que les affige.

Jack La Rue, Edward Le Saint y Arthur Wanzer han sido agregados al elenco del film «Virtud», de la «Columbia», en la cual interpretarán papeles importantes. Carole Lombard hará la protagonista. Será dirigida por Eddie Buzzell.

Cuando Buck Jones era un joven jinete en un circo del «Far West», D. V. Tontlinger era su jefe y en muchas ocasiones el inflexible «D. V.», como le llamaban, hizo sudar la gota gorda a Buck practicando suertes arriesgadas. ¡Pero eso hace ya tantos años! Hoy el inflexible «D. V.» es jefe de los establos del astro y «entrenador» especial de los cinco caballos predilectos de Buck, uno de los cuales es el famoso «Silver».



«Victoria und ihr Husar»



de Catalunya

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

han presentado en el

CINEMA CATALUÑA

el gran drama en español
de la COLUMBIA

HOMBRES EN MI VIDA

interpretada por

LUPE VÉLEZ

RAMÓN PEREDA

LUIS ALONSO

CARLOS VILLARIAS



Madeleine Piccol y John Stuart en una emocionante escena de la película «Titanic», que presenta la casa UFA

LA VUELTA DE CATALINA BÀR- CENA Y G. MARTÍNEZ SIERRA...

(Continuación de la página 8)

presándose en términos que están perfectamente de acuerdo con mis propias ideas.

—¡Mentira! ¡La mayoría de esas historias escandalosas respecto a la vida desordenada de las estrellas es pura mentira! Allí existen las tragedias y las frivolidades como en cualquier otro lugar de la tierra. Los seres humanos son iguales en todos los países y bajo todos los climas. Pero en Hollywood convergen las miradas del mundo... es el centro de atracción... sus mujeres y sus hombres viven colocados frente a un foco de luz que los hace conspicuos. Por cada escándalo verdadero, hay mil familias dentro del elemento artístico que viven una vida normal, tan normal y decente como cualquier burguesa de familia.

Hay una razón lógica para desmentir tanta historia escandalosa respecto a Hollywood. ¿Cómo podría una estrella de cine, hombre o mujer, dedicar ocho o diez horas de su día a trabajar bajo las condiciones delicadas que su carrera requiere, y pasar el resto del tiempo en una orgía desgastadora sin sentir rápidamente las consecuencias? ¿Qué cuerpo resiste el embate de día y noche de excitación sin resentirse peligrosamente?

El trabajo del cine no es, ciertamente, una cosa sencilla y sin complicaciones:



Edwina Booth, estrella de la Metro-Goldwyn Mayer, aplicándose el lápiz "MICHEL"

La mujer elegante se preocupa de la **belleza natural** de sus labios

La naturalidad está hoy íntimamente ligada con la moda. El lápiz Michel da a los labios ese color natural que tanto agrada. Es impermeable y permanente, conservando siempre la suavidad y flexibilidad de los labios. El lápiz Michel armoniza con la tonalidad de cada cutis.

Michel

el lápiz para labios de calidad

Tamaño grande Ptas. 10
" prueba " 3'50
en Perfumerías y Droguerías

Laboratorios Suñer
Gerona, 100-Barcelona

el haber de un artista está en su aspecto, en su «frente».

Difícilmente podría aparecer en el set, a las ocho de la mañana, dedicarse a la dura labor de quedar todo el día maquillado frente a las luces de Kleig y hacerle frente al micrófono, cuya delicadeza recoge el más insignificante fragmento de la voz, si su condición física

Próximo a terminar el folletín que publicamos en nuestra revista **BAJO EL VELO DEL ANÓNIMO**, que tanto ha gustado a nuestros lectores, el día 12 del próximo mes empezaremos la deliciosa novela

EL PADRINO DE BODA

del celebrado autor inglés G. Laington Hill, traducida al español por Isabel M. Canges, que no dudamos será también del agrado de nuestros estimados lectores.

no estaba a la altura de las circunstancias...

Hablamos, hablamos... Como mujeres, atacamos temas frívolos: discutimos deportes, viajes, diversiones...

Catalina posee un maravilloso don de imaginación. Las horas ruedan con rapidez extraordinaria a su lado...

Me cuenta su última experiencia en España, cuando recorrió todo el país, apareciendo personalmente en cada lugar donde se exhibía la película «Mamá», su primera y única obra filmica hasta la fecha. El entusiasmo con que fué recibida en todas partes... La dificultad que tuvo, a pesar de su inmenso entusiasmo por el cine parlante, en abandonar su casa en Madrid para lanzarse de nuevo a la aventura del celuloide...

—Y ahora, ¿qué obra va a filmar? — le pregunto.

Pero Catalina aun no lo sabe. En estos instantes, Martínez Sierra y el estudio de la «Fox» tratan de ponerse de acuerdo respecto a un importante factor. Casi seguro, el escritor español presentará una obra escrita exclusivamente para la pantalla... adaptará otra tomada del inglés... veremos. De todos modos, una cosa sabemos por cierta: Martínez Sierra no permitirá que se ponga en ridículo nuestro sentido artístico. Exigirá algo que nos haga honor...

—¿Cuáles son sus ideas para el nuevo film que lleven a cabo, Catalina?

Y la espléndida actriz, sin titubear, responde:

—Mis ideas son de encarnar con la máxima perfección los personajes que cree para mí Gregorio. Yo creo positivamente que el artista no es sino el instrumento de que se vale el autor para dar vida a sus personajes... Yo sólo hago hablar a las figuras que su genio crea. Trato de interpretarlas identificándome con ellas; sin el genio del autor todo el poder emotivo del artista sería nulo...

¡Ah! Es refrescante encontrarse con un artista que no conceda importancia única, agresiva, a su personalidad. Con un artista de la fama de Catalina Bàrcena, que confiesa cordialmente que el autor es la espina dorsal, la realidad, el poder...

...Y así las manecillas del reloj van corriendo, mientras yo me olvido completamente que otros esperan, ansiosos de disfrutar, como yo, un instante de co-

munion espiritual con una artista de la potencialidad de Catalina y de su hermosa sencillez.

Cuando, al fin, los vi alejarse juntos para recibir a otros periodistas, no pude menos de suspirar con satisfacción: ella, bella y fragante como una rosa en el apogeo de su vida; él, alerta, nervioso, listo a los detalles más insignificantes para la conquista y el éxito de ambos, dispuesto a probar que nuestra cinematografía no es un mito, que podemos producir obras y actores, que podemos continuar dominando una buena parte del mundo con la palabra persuasiva y el sagrado fuego de nuestra literatura y nuestro arte...

Como un par de conquistadores vuelven a Hollywood la Bàrcena y Martínez Sierra. Abriendo la brecha, preparando el sureo, plantando la semilla para que todos cosechemos los frutos que de derecho nos pertenecen.

MARY M. SPALLINO
New York, 1932

OPINAMOS QUE...

(Continuación de la página 10)

La película tiene algunas escenas de gran belleza y espectacularidad como aquellas de los deportes en la nieve y otras que nos ofrecen una serie de paisajes alpinos de rara belleza y luminosidad.

Grata película, en fin, que fué acogida muy satisfactoriamente.

EL OTRO CRÍTICO



¿No ha sentido Vd. nunca envidia de estas muchachas que en los salones de baile son tan preferidas?

Sepa ahora su secreto

Ellos conocen el poder milagroso de unas cremas que usan metódicamente para conservar su piel tersa y juvenil a través de largos años.

¿Por qué no las imita Vd.?

Las cremas ORPHOS, de origen norteamericano, fabricadas a base del jugo de los pétalos de rosa, dan a su cutis la suave y distinguida tonalidad de moda y la lozanía y sedosidad juveniles.

Confíe a las cremas ORPHOS el secreto de su hermosura.

Seas. O PHOS PRODUCTS. - Paseo S. Juan, 62
BARCELONA

Remito Ptas. 0'50 para que me manden muestra de las dos cremas de belleza ORPHOS.

Nombre

Dirección

Población

plera... porque ahora ya no había necesidad de ocultar su amor.

La confesión, a Dios gracias, no resultaba humillante después de saber que él la amaba.

La sangre circulaba por sus venas como oleadas de fuego. Al ver a Gunter pistola en mano, una inenarrable angustia sobrecogió su corazón temiendo que una nueva víctima acabara de sumir a aquél en la más negra infelicidad, y al oír después la inesperada declaración de su amor, el exceso de dicha la privó del sentido.

No pudiendo sostenerse en pie, mandó a Jenny que le pusiera unos almohadones, que le permitieran al menos estar sentada.

— Está bien, Jenny — dijo Dagmar con viveza —; ahora vaya usted a las habitaciones del señor conde, y dígame que le espero.

Dispósese a obedecer la camarera, pero su ama cambió la orden:

— Espere un poco, Jenny.

— Mande la señora condesa.

— Hágame el favor de ir antes a mi despacho... tome esta llave y abra con ella el primer cajón a la derecha de mi escritorio; en él encontrará usted un cofrecito de piel verde que necesito... No se detenga.

Jenny, después de recibir el llavero, salió para cumplir el mandato, volviendo a los pocos minutos con el cofrecito que entregó a la condesa.

Ella lo puso encima de una mesa de laca, inmediata al diván, y despachó a la doncella a las habitaciones del conde.

Mientras que Dagmar le esperaba, su excitadísima imaginación le hizo vivir de nuevo la penosa escena del taller. Volvió a ver los dos hombres frente a frente, dominados por indescriptible agitación; vió cómo Gunter cruzó la cara del pintor con su látigo, amenazándole después con la pistola... Gracias al cielo... ¡Oh, sí!, gracias al cielo que no llegó a disparar el arma. De lo contrario, al trágico recuerdo de Hans von Thoron, tendría que añadir otro remordimiento. El látigazo lo tenía bien

merecido Hollmann por su inconcebible atrevimiento, y la vergonzosa fuga que siguió al castigo, la hizo sonreír con menosprecio.

Momentos después volvió Jenny diciendo que el señor conde vendría en cinco minutos. Se estaba quitando el traje de montar y ella había dado el encargo al ayuda de cámara.

— Está bien... Jenny — respondió la condesa —, ya no la necesito a usted y puede retirarse.

Así lo hizo Jenny después de arreglar los pliegues de la manta que cubría los pies de su señora.

Dagmar quedó esperando con el corazón palpitante y sin saber por dónde empezar la confesión que debía hacer.

Por fin abrióse la puerta, dando paso a la gallarda figura del conde.

Estaba densamente pálido, y la contracción de su rostro demostraba los esfuerzos que hacía por dominar la tempestad de sus sentimientos.

Con voz bastante firme, preguntó:

— ¿Me has llamado, Dagmar?

— ¿No estás aún demasiado débil para que hablenos?

Ella le dirigió una tímida mirada al responder:

— Me encuentro bien... sólo siento un poco de cansancio... Por eso te ruego que me dispenses si te recibo medio echada.

— No necesitas disculparte — interrumpió él, con forzada calma.

— Siéntate... nuestra conversación ha de ser larga.

Inclinóse él ceremoniosamente, y acercó una butaca al diván, tomando asiento en ella.

Dagmar se apoyó en los almohadones, para incorporarse aún más. Sus grandes ojos tenían una expresión, que Gunter no acertaba a describir.

— Hace un rato — empezó ella con voz insegura — me acusaste de falsa... El reproche era merecido... porque en efecto... he faltado a la verdad.

— Ya lo tenía yo... desde hace mucho tiempo... y por eso te rogué con tanta insistencia que hablaras con franqueza.

El castillo estaba silencioso como una tumba, por hallarse la servidumbre reunida en su comedor para cenar.

El conde llamó al timbre, y momentos después se presentó la camarera.

— La señora está indispuesta... Se ha desmayado — dijo él, con voz angustiada —. Ayúdela usted sin perder instante.

Aunque asustada, la muchacha no perdió la serenidad, y después de frotar las sienes de su ama con agua de Colonia, y de aplicarle un pomito de sales a las narices, con mano rápida y segura desprendió de sus hombros el pesado manto de corte, echando sobre la desmayada una rica manta de viaje.

Mientras tanto Gunter le había

quitado el collar de perlas, y empapando un pañuelo de agua de Colonia, hizo aspirar el aroma a su inconsciente esposa.

Un profundo suspiro anunció la vuelta de ésta a la vida, y Gunter salió de la habitación, dejándola entregada a los cuidados de su fiel servidora.

Comprendía el conde que ambos necesitaban serenarse antes de volver a tratar de tan delicado y penoso asunto... Ella había sufrido mucho con tan prolongada lucha interna y por último su terror, al ver amenazada la vida del hombre amado, le hizo perder las escasas fuerzas que aun tenía... Que recobrara la tranquilidad... Él también necesitaba tranquilizarse.

CAPITULO XXIX

WERNER Hollmann recogió con precipitación los menesteres de su propiedad, disponiéndose a una inmediata partida. Por ningún concepto deseaba prolongar su estancia en el castillo, después de la violenta escena del taller.

Al cabo de un rato, presentóse un criado en su habitación, entregándole un pliego cerrado de parte del señor conde.

Bajo el sobre se encontraba un cheque por la cantidad total de los honorarios por ambos retratos, y un billete redactado en los siguientes términos:

«La conducta de usted exige que salga sin dilación de Taxenburg. Dentro de una hora esperará un «auto» a la puerta del ala que usted ocupa, pues el camino que conduce al resto del edificio queda vedado para usted. No respondo de mí si se me pone delante. Creo superfluo añadir que en interés propio le recomiendo la mayor discreción.

EL CONDE DE TAXENBURG.»

El pintor, después de leer la carta, la redujo con rabia a mil pedazos, y en seguida guardó cuidadosamente el cheque.

Su papel había terminado en aquella casa con un poco brillante desenlace... pero en fin, peor habría podido ser. Que se las compusiera la condesita como pudiera con su feroz marido. La pistola y el látigo de éste habían apagado con pasmosa rapidez su fogosa pasión por la joven dama.

¡Mil diablos! En su rostro ardía el rojo verdugón con que le cruzó el látigo, sin que las compresas de agua fría lograran mitigar su escozor... y aun podía dar gracias a Dios de que el conde se hubiera contentado con aquel desahogo, sin obligarle a un duelo... ¡Vaya una mano pesada que tenía el flemático señor de Taxenburg! En cuanto a darse por ofendido y exigir una satisfacción... ni pensarlo siquiera... Un artista... un genio como él, no tenía derecho a ponerse ante la vulgar pistola de un vulgar celoso.

En cuanto a la suerte que pudiera caberle a la interesante condesita...

bien merecida tenía el verse condenada de por vida a la aburridísima compañía de su apático dueño y señor.

¿Por qué había perdido tanto tiempo con sus inoportunos remilgos?... Un mozo como él no necesitaba aguantar caprichos de mujeres. En el ancho mundo le esperaban innumerables bellezas, dispuestas a aceptar su corazón con los brazos abiertos... ¡Bah!... ¿De qué serviría si no el ser tan guapo como le había hecho Dios?

¡Cáspita y cómo se iba hinchando el maldito latigazo!... Por el momento le había estropeado el físico y ya tenía para días, antes de poder estar de nuevo presentable... Con gusto le hubiera hecho el mismo obsequio a ese bruto de conde... Le valdría ocuparse más de su esposa y menos de la flora tropical...

De todos modos la condesa era un bocado exquisito. Mas para él ya había perdido todo su encanto... y sólo aspiraba a salir cuanto antes por aquella puerta de servicio que le señalaba el conde... ¡Rayos y truenos!... El final era poco brillante... la cosa era indiscutible.

Sin dejar las compras, volvió sus preparativos de viaje... Nunca había hecho su equipaje con tal celeridad. Mandó a un criado que le trajera sus útiles de pintura del

taller, que él no quería volver a pisar, y mascullo algo acerca de un golpe contra la esquina de un marco, para explicar el verdugón que tenía en el rostro.

El criado le miró de soslayo, y recordando el súbito desmayo de la condesa, la rica diadema encontrada en el suelo, la inesperada vuelta del conde, y la repentina marcha del artista... por una puerta secundaria, sacó una conclusión muy poco favorable para Werner.

La gente de librea tiene una nariz muy fina para esta clase de asuntos, y el pintor, por la altanería de sus modales, se había hecho querer muy poco de la servidumbre. El criado del conde, con sonrisa burlona y llevando la maleta, le acompañó hasta la puertecilla ante la que esperaba el «auto». Hollmann, aplicándose un pañuelo a la parte dolorida, se apresuró a ocupar el coche, incrustándose lo más posible en su ahogado rincón.

El criado cerró la portezuela y retrocedió unos pasos, diciéndose maliciosamente:

— Me parece que al pintamonas le han salido mal las cuentas. —

Werner Hollmann sintió una íntima satisfacción cuando el «auto» se puso en marcha.

Hasta el último instante había temblado por su preciosa vida,

CAPÍTULO XXX

GUNTER había vuelto a su despacho en un estado de ánimo imposible de describir, y sin fuerzas, dejó-se caer en un sillón.

En sus oídos zumbaba la palabra «traicionados», sí... traicionado por segunda vez, por una mujer querida... La primera le engañó por ambición y la segunda, después de larga lucha, por amor... Esta era más disculpable, pero traición desde luego... Por frío cálculo

fué él al matrimonio, encontrando en Dagmar los mismos sentimientos. En eso al menos fué de una franqueza, llevada hasta la crudeza, pues ni por un momento se apartó de su fría y altiva reserva...

En cambio con qué pujanza despertó a su contacto el corazón que creyó muerto para siempre!... ¡Qué inmensa diferencia mediaba entre su primer amor forjado de idealismo e ilusiones, y aquella avasalladora pasión en la que entraban por

igual todos los impulsos de su alma, y la virilidad entera de su robusto cuerpo!

Al recordar la escena del taller, tenía que morderse los labios para no prorumpir en gritos de desesperación.

Ahora veía claro que su padre la obligó a casarse con él... Por eso no debía juzgarla con dureza... pero le dolía en el alma que aquellos ojos tan bellos y de expresión tan pura hubieran podido mentirle... ¿Quién sabe si lo haría bajo el terror de las paternales amenazas?

Esforzándose en disculpar a su esposa, dejando recaer todo el peso de su enojo contra Hollmann, que tan mal había sabido guardar el

respeto que merecía la noble casa que le albergaba.

Consumiéndose de impaciencia y desesperación, aguardaba el aviso de Dagmar... En cuanto ella se repusiera de su desmayo, imponiase una explicación definitiva entre los dos.

Sentíase incapaz de emprender ningún trabajo.

Sin saber qué hacer, daba vueltas por su espacio o despacho como enjaulado león, y cuando al cabo de un rato vino un criado para anunciarle que el señor Hollmann acababa de partir, respiró con fuerza diciéndose:

— ¡Gracias a Dios... que ya está la casa limpia! —

CAPÍTULO XXXI

A volver la condesa de su letargo mostróse muy sorprendida y dirigiendo a la camarera una interrogadora mirada, preguntó:

— ¿Cómo es que me hallo en esta habitación, Jenny?... ¿Qué ha pasado?

— Yo sólo sé que la señora condesa estaba desmayada sobre este diván cuando yo entré, pero Hans ha encontrado en el suelo del taller la diadema de brillantes de la señora condesa. Sin duda fué allí donde debió caer sin sentido la señora condesa. —

Las palabras de la camarera recordaron a Dagmar lo sucedido y aterrada preguntó:

— ¿Dónde está el conde?

— El señor conde hace un momento que ha salido de esta habitación, encargándome que le advierta cuando la señora condesa pueda recibirle. —

Con trémulas manos apartó Dagmar los espesos rizados de sus brillantes cabellos, haciendo esfuerzos por coordinar sus ideas; del encadenamiento de éstas llegó a la conclusión de que su esposo pensaba que ella

correspondía al amor de Hollmann.

Pero el temor que pudiera causarle esta equivocación de su esposo, quedó completamente ahogado bajo el torrente de felicidad que inundó su pecho al saberse amada por Gunter.

Quiso levantarse, pero sus pies se negaron a sostenerla y recayó sin fuerzas. Al tocar sus manos la crujiente seda, recordó que aun vestía el traje de corte y dijo a la doncella:

— Pronto, Jenny, ayúdeme usted a ponerme un kimono... el primero que le venga a mano. Estoy demasiado débil para levantarme, pero quiero hablar con el conde... Aprisa. —

La inteligente muchacha obedeció con presteza a su ama. Desabrochó el magnífico vestido, y después de quitárselo, puso sobre sus hombros un elegante kimono de un color rosado como el de la aurora. Echó la manta sobre las rodillas de la condesa, y borró con mano rápida toda señal del reciente cambio de ropa, dejando la habitación en un orden perfecto.

Mientras tanto pensaba Dagmar en lo que diría Gunter cuando su-



HUGH HUATLEY



SHIRLEY GREY